

EL RECUERDO

SEMANARIO DE LITERATURA Y VARIEDADES.

Redactores.—D. Heraclio C. Fajardo.—Dr. D. Fermin Ferreira y Artigas.—D. Juan B. Go-mar.—D. Plácido Douclai.

Colaboradores.—Dr. D. Alejandro Magariños Cervantes.—D. Nicolas A. Calvo.—D. Domingo F. Sarmiento.—D. Palemon Huergo.—Dr. D. Luis Otero.—D. Héctor Varela.—D. Anjel J. Blanco. Dr. D. Juan Cárlos Gomez.—D. Cárlos Augusto Fajardo.—D. Juan José Soto.

AMOR A LA TIERRA NATAL.

(Continuacion.—Véase pág. 65)

Léjos del suelo natal, el hombre es una flor sin tallo, un árbol sin raiz al que sus mismas ramas, sus mismos frutos, suelen servir para que el menor huracan lo arroje en tierra, como las mismas velas de un navio suelen servir para hundirlo en el abismo cuando chocan de frente con el viento enfurecido. Con razon raros son los hombres que ausentes de su patria no abriguen ni la remota esperanza de volver á ella: y aun cuando no la realicen, es al menos un justo tributo que se rinde al sentimiento de amor que la consagra.

Por el contrario, el hombre en el seno de su patria, y del suelo natal, se cree apoyado de cuanto le rodea. El campo de sus padres, testigo de su inocencia, parece que lo defendiera de la injusticia de los mortales. En medio de sus fatigas y sudores, descansa á la sombra del árbol que plantaron sus mayores y en el que quizá muchas veces colgaron su cuna para preservarlo de los rayos de un sol ardiente; donde aplicó su latiente corazon al dulce seno maternal, donde abrazó á los compañeros de su infancia y de su inocencia.

Solo allí se avivan esos gratos recuerdos, con la presencia de los tiernos objetos que los excitan, y que á la vez son tan vivos que le hacen gustar todo el sabor de la realidad, y aun parece que lo volvieran á aquella edad, á aquellos dias que ya pasaron para no volver jamás.

Cuando el interés, la esperanza de una fortuna, la turbulencia de las pasiones, la fogosidad de la juventud, ú otras causas de esas que

juegan con nuestra existencia como las olas con una débil tabla, nos alejan del suelo que nos vió nacer; creemos que fuera de él, vamos á gozar de un cúmulo de placeres, todos nuevos, todos variados y exentos del tedio que sucede á la sociedad.

¡Pero qué engaño! buscamos esos placeres como la mariposa que persigue la luz hasta tocar con el fuego que la consume.—Cuando hemos prodigado nuestra existencia fuera de nuestro pais natal; cuando hemos pasado nuestros mejores dias en estraño suelo; entónces con mas interes pedimos á la naturaleza que nos vuelva al goce de los primeros bienes que ella nos otorgó; que nos restituya los primeros amigos que nos dió el Cielo, que nos conduzca al seno de la tierra de que salimos á llenar los altos designios de la sábia providencia.

¡Oh! y qué felices nos creemos si despues de vivir errantes por ajenas tierras, volvemos á la nuestra cuyo aire siempre encierra para sus hijos un sabor delicioso, una fragancia balsámica que nunca se agota! Solo entónces reconocemos el mérito de los objetos que abandonamos, sin apercibirnos que á ellos estuvo ligada nuestra existencia y felicidad para pesar los inconvenientes de toda situacion eventual.

Sucede con la tierra natal, lo que con todas las primeras impresiones de la vida. Es preciso haberse alejado de su hogar para conocer cuan dulce es volver á ella con la conciencia de que solo en ella descansará nuestro

corazon, como solo en ella deberán descansar nuestros restos mortales.

Despues de una dilatada ausencia del suelo natal ¡con qué especie de enajenamiento no se vuelve á mirar aquel ahumado techo que nos vió nacer, aquella tierra en que nos alimentamos, aquellos cambios que han experimentado nuestra casa, nuestros prados, el arroyuelo en que jugamos, el árbol que trepamos en los días de nuestra infancia, aquellos sitios testigos de nuestros inocentes juegos, de nuestras primeras afecciones, de nuestros pueriles disgustos, funestos precursores de los amargos que nos esperan en el curso de la vida! La nodriza, el criado, el ayo, el maestro, la piedra, el árbol, el pajarillo, el arroyo, el bosque, el prado, son otros tantos atractivos que sin cesar nos ligan á nuestro suelo natal. Léjos de él toda la naturaleza parece que se disminuye á nuestros ojos, y siendo la que nos rodea apenas una sombra de la que hemos perdido, solo nos sirve de objeto para amargas comparaciones que terminan por tristes recuerdos. Por de ningun valor que sean esos objetos que nos ofrece nuestra patria, tienen el mérito de estar ligados á nuestros destinos, ó entrar en parte á llenar los designios de una paternal providencia. Esto basta para crear en nosotros ese instinto ó noble sentimiento que tanto nos liga á la patria que nos vió nacer, que nos alimentó en la infancia, y que reclama nuestros servicios en justa correspondencia de tan sagrada deuda.

Si con el padre de la Jurisprudencia se debe estimar por ley de la naturaleza la que merece el consentimiento de todos los hombres, ninguna con mas razón es digna de este título que la que nos liga al suelo en que nacimos. Tan fuerte es este vínculo, que apesar de sentirlo, no podemos esplicarlo sino por cierta disposicion de nuestro ser, por ciertos principios ó elementos de nuestra constitucion física que se desarrolla mas y mas en ciertas épocas de nuestra vida, y nos obliga como por un instinto á buscar el sol que alumbró nuestra cuna.

Igual instinto se nota en los animales, cuando transportados á largas distancias, vuelven con inconcebible rapidez á los parajes donde se les tomó. Los mas notables por este sentimiento, si así podemos llamarlo, son los pá-

jaros del mar y los de las mas ásperas montañas: la dificultad é imposibilidad de domesticarlos ó aclimatarlos, viene en apoyo de una de las ideas que antes emitimos sobre la mayor fuerza con que los hombres se ligan al pais de su nacimiento cuanto mas escaso y miserable parezca ser. No es pues una necesidad facticia la que los liga á su suelo: tampoco es el resultado de la costumbre, sino una propension natural que entra en los designios de una alta providencia.

Los salvajes en quienes se vé la pura naturaleza sin las modificaciones ó corrupcion que le dá el orden social, miran como ingrato ó perverso al que halla gusto en paises distantes de aquel en que se tiene padre, madre, esposa, é hijos.

Si la patria es y debe ser todo para un alma sensible, en esta parte los salvajes acreditan que la tienen tanto ó mas que nosotros, pues que ni son indiferentes al nombre de la suya ni para ellos deja de ser un iman que los persigue como su misma sombra.—Para el hombre que no ha abdicado sus naturales sentimientos, y que ama á su patria como debe amarla, en solo ella ve la geografia de todo el mundo. Si se halla desgraciado en otro pais, cree que es por estar fuera del suyo, y que con solo verlo se remediarán sus males: si la suerte lo favorece, ella no lo satisface si no goza de su fortuna en medio de los suyos y rinde en su patria el último de sus suspiros, donde á falta de padres le sobrarán hermanos, deudos, amigos ó compatriotas que enternecidos y llorosos lo recojan. Con razon nos dice Fenelon hablando de los encantos de la patria “que el mas sabio entre los mortales rehusó el don de la inmortalidad solo por “volver á ver su ciudad de Ytaca.”

¿Se ha avaluado bien la suma de sacrificios que demanda sujetarse á ajenas leyes, á usos, costumbres, hábitos, clima y alimentos diferentes á los que ya hacen parte de nuestra naturaleza? ¿Hay cosa mas penosa que la violencia en todos los actos de la vida?

Pues poco mas ó menos, esto sucede á cada hombre fuera de la tierra natal: los hábitos naturales, las inclinaciones, los usos se fortifican con la contradiccion que les oponen los de otro pais que el suyo; porque es cierto que todo ser viviente tiene un principio innato que fija el género de sus deseos, de sus go-

ces é inclinaciones características, así como toda planta parece que experimentase una profunda tristeza al ser trasladada á un terreno que no es en el que la colocó la naturaleza. La escasez y aun el mismo exceso de jugos y sales, la marchitan por igual, por que le falta aquella *asimilacion* que entra en parte de su ser.

¿Se ha avaluado bien la suma de sacrificios que importa vivir en pais extraño privado de sus padres, ó hijos, hermanos, deudos, amigos y compatriotas, y carecer de los goces y consuelos que ellos ofrecen en la prosperidad y en el infortunio? ¿Lo que es para una alma noble verse privada en pais extraño de rendir servicios y consuelos á seres que tanto debe y con quienes lo ligan tantos, tan fuertes é indisolubles vínculos? Es necesario haberse hallado ó hallarse en tan cruel situacion para

valorar la amargura de estas reflexiones y el acibar que derraman en un alma sensible.

Fuera del suelo natal, se carece de todo lo que lo hace amable ante los ojos del que nació en él; porque todos los goces que él nos ha ofrecido, se han identificado con nuestros sentimientos, y lo que depende del sentimiento no se olvida jamás.

Por esta razon es que las impresiones de nuestra infancia obran en nosotros hasta tocar con el lábio del sepulero que nos vuelve á la nada. ¿Y qué importan los balagos de una tierra extraña cuando en nuestro corazon obra el recuerdo de los mas sinceros con que la propia enjuga alguna vez nuestras lágrimas? ¿Ni qué importa lo presente, que quizá molesta á un alma activa en la que obra la esperanza con mas enerjía, que la misma realidad?

FACUNDO ZUVIRIA

UNA ROSA

Colocada en tu cabello
Como en trono apetecido,
Esta rosa,—don querido
De tu amor,—anoche ví;
Y te juro, luz de mi alma,
Que jamas tendria al verla
Ni la mas preciosa perla
Tanto hechizo puesta allí.

Allí estaba contrastando
Su color lozano y bello
Con tu sedoso cabello
De renegrido color.
Allí estaba, á tus perfumes
Confundiendo sus olores,
La emperatriz de las flores
Con la reina del amor.

Ella siempre será dulce recuerdo
De esa noche de célico solaz:
Que si algun dia su fragancia pierdo,
Sus agostados pétalos, jamás!

Májia de amor en su perfume tiene
Que, enamorada, en tu hálito bebió:
¿Cómo, pues, evitar que me enajene
Si en esta idea me ilusiono yo?...

Y tu lindísima mano
La separó de aquel trono,
Donde poner ambicionado
De mi ventura el dosel;
Y con divina sônrisa
Parecian decir tus lábios:
Toma! y temple tus agravios
Esta joya del vergel.

¿Cómo nó, paloma mia!
Cómo nó! si mis enojos
Solo al fulgor de tus ojos
Sentí luego disipar!...
Como nó! si en esta rosa
Con cuyo aroma me embriago,
Me has dado un elíxir mago
Que me hace *todo* olvidar!

Cuando veamos la anhelada tea
En las aras del voto conyugal...
Ah! que de nuevo en tus cabellos vea
Esta rosa, cual símbolo nupcial!

Y que al llegar al lecho de azahares
Donde mi dicha colmará tu amor,
Caiga de ellos! á fin que me depares
Solamente las rosas del pudor.

TEATRO DRAMÁTICO.

El Castillo de San Alberto.—Una broma de Quevedo.—Sullivan.

La calidad de semanario que tiene este periódico nos impide de dar á nuestros lectores cuenta oportuna de la mayor parte de las exhibiciones dramáticas. Quisiéramos sin embargo no dejar de tributar nuestro aplauso á la actual compañía con motivo de la ejecucion de dramas como el *Castillo de San Alberto*, por ejemplo; y he aquí porque, aunque con bastante retardo, vamos á decir algo sobre la representacion de aquel interesante drama.

Toda la prensa de Buenos Aires ha rendido ya justicia á los artistas dramáticos con el elogio general que ha merecido el éxito de aquella representacion: un solo diario, ó bien, un solo cronista que se ha encerrado en una oposicion sistemática y absurda, ha tenido la impudencia—digámoslo así—de poner tacha al desempeño de aquellos.

En el *Castillo de San Alberto*, la señora Duclos estuvo admirable de verdad dramática, de sentimiento y de maestria: así lo han aseverado cinco periódicos de la capital, y todo el auditorio imparcial é inteligente. Según la esclusiva opinion del cronista del *Nacional*, estuvo *exageradísima*. Lo mismo respecto á los otros artistas.—O en Buenos Aires no hay mas que un individuo ilustrado y competente en materias teatrales (el cronista del *Nacional*) y en su periodismo un solo escritor verdadero é inteligente (siempre el cronista del *Nacional*), ó el tal remitidista es uno de esos mercenarios de la pluma que á fin de llevar á cabo sus siniestras intenciones, atropellan la opinion de todo un pueblo ilustrado y la de todos sus descubiertos periodistas.

Si quiere ir adelante con sus revistas y no mereer la reprobacion y el desprecio, quítese la careta y muéstrase como debe á sostener sus asertos ante la opinion pública y competir dignamente con los que sostenemos lo contrario. A no hacerlo, ya sabe lo que le aguarda por nuestra parte, y será mucho que le hayamos honrado una sola vez dirijiéndole la palabra en honor de lo que escribimos.

Volviendo á nuestros lectores:

La ejecucion del *Castillo de San Alberto*

fué brillante y nada dejó que desear por parte de los artistas. La prueba incontestable de esto está en los frenéticos aplausos con que falló el público aquella noche, en las lágrimas que rodaron por casi todas las mejillas. Las escenas de amor materno y filial representadas por la señora Duclos y señorita Seguro fueron patéticas, sublimes, indefinibles.

¿Quién resistía á su gratísima impresion?

Los señores Ortiz, García y Jordan llenaron tambien el desempeño de sus roles con la perfeccion exigida por el arte.

La concurrencia se retiró satisfachísima.

Una broma de Quevedo es una produccion de poco efecto escénico, aunque de mucho mérito literario. En ella la elegante Matilde estuvo encantadora con el candoroso coquetismo del siglo diez y seis, y el solo acto de dar á besar su mano al venturoso Quevedo, le mereció en nuestro concepto un diploma. ¿Quién tuviera el don de espresar las impresiones de la hechicera Duclos en el espíritu y corazon de su auditorio!

La señorita Rosario Segura, hizo una perfectísima dueña con todos los resabios y camandulerías de aquella bendita época. La felicitamos mas y mas.

Ortiz tradujo bien, muy bien, al calavera y chistoso poeta, y Jordan dió desempeño á su papel de enamorado celoso.

Finalmente, el juéves se repitió la representacion de *Sullivan*, de que ya hemos hecho una crónica especial; y podemos asegurar que esta segunda ejecucion no fué en zaga á la primera. Ortiz fué el blanco de los mas calurosos aplausos; la señorita Segura (Mariana) no mereció pocos, y la característica, señorita Duclos, Jover, Garcia y Jordan tuvieron tambien su parte.

Con esta funcion, cerróse el teatro dramático hasta la pascua; y con ella cerramos nosotros tambien nuestra crónica hasta el domingo próximo á aquel dia.

Demos treguas al placer, para acordarnos que somos fieles.—Dejemos sin pesar el teatro por el templo y la sublime tragedia que en él se conmemora.

PLÁCIDO DOUCLAI.

TRISTES RECUERDOS.

Quando se vive, señora,
Con la ilusion de un momento,
Teniendo en el pensamiento
Todo un mundo que se adora:
Es la vida seductora,
Cada minuto un encanto;
Mas si viene el desencanto
Del desamor... ay! Juliana,
Será el recuerdo mañana
Solo una copa de llanto!

Vivimos llenos de amor
Quando hay dulce simpatia,
Gozando en el nuevo dia
Lo que en el dia anterior;
Mas se marchita la flor
Que alentaba en otro ser,
Y seco su tallo al ver...
Sufre un tormento, Juliana,
El recuerdo de mañana
Por el recuerdo de ayer.

Quando sufre un desengaño el alma,
Quando en la vida se ganó un tormento,
Es terrible, gran Dios, porque la calma
Se la quita, traidor, el pensamiento.

Pues el que ama una vez jamas olvida
Su primera ilusion, su primer sueño:
Porque el grato recuerdo de la vida
Lo guarda el corazon con loco empeño.

Marzo 3 de 1856.

UN PAN Y UNA VENTANA.

NOVELA ESCRITA EN FRANCÉS POR HENRI BERTHOUD, Y TRADUCIDA ESPRESAMENTE
PARA EL "RECUERDO" POR D. R.

(CONCLUSION—Véase pág. 70)

Los dos retratos que habia vendido la pobre muger, eran, en efecto, obras maestras de Sains.

El uno representaba un hombre de una fisonomia á la vez elegante y espiritual; el polvo de sus cabellos hacia resaltar el brillo de sus ojos negros y sumamente vivos; su boca pequeña y sus sonrosados lábios, acreditaban que residian en el original la inteligencia conjuntamente con el orgullo.

Se vive con la esperanza
Perpetuando la memoria,
Y una existencia ilusoria
Encuentra el pié donde avanza:
Va nuestra nave en bonanza;
Mas sopla el viento de *olvido*,
Y el oceano embravecido
Rechaza el vaje!; Juliana,
¿Qué es el recuerdo mañana
Al mirar que todo es ido?

Y goza y vive el mortal
De su amor viendo la palma,
En expansion vive el alma
Con su placer celestial;
Mas de la dicha al fanal
Lo rompe una decepcion
Que envenena el corazon...
Y es entonces ¡oh, Juliana!
El recuerdo de mañana
Su eterna condenacion!

Pero pasa despues su dulce encanto,
Pasa la dicha que gozó ilusoria,
Y á la pupila se presenta el llanto,
Y un eterno dolor á la memoria.

Esa es la vida que el mortal alcanza
Quando mentida una pasion lo hiere,
Y la mágica flor de la esperanza
Vé se marchita, se deshoja y muere.

No se podia imaginar nada mas delicioso que el otro. Figuraos una muger mas linda que bella, vestida con la galante gracia que daba tanta coqueteria á los trajes del final del siglo diez y ocho. La bata de seda verde que ajustaba su cuerpo, descubria las formas esquisitas de su pecho seductor, y venia á cerrarse, bajo un encaje, por un gran lazo de satin escarlata. El brazo se ostentaba desnudo y sin otro adorno que un brace-

lete de perlas; la mano era divina. Pero lo que no se podia dejar de admirar era la curba de las cejas, el brillo de la pupila, las alas finas de la nariz y la sonrisa que levantaba graciosamente los ángulos de la boca. La juventud y la felicidad resplandecian en toda su magnificencia en aquellas facciones espirituales, sobre esas pequeñas espaldas, sobre esa frente pura y blanca sin otra corona que una sola rosa. Los anchos y ricos bordados de una tela violeta vigorosamente pintada que recordaba la amplitud de Largillière, envolvian el talle, sin ocultar del todo la esbeltez y la gracia.

Pinturas tan bellas, no podian menos que llamar la atencion de los aficionados. Algunos dias despues, alguien que vió los dos retratos expuestos en los vidrios, los compró, y se felicitó mas aun de la adquisicion que habia hecho cuando encontró esta leyenda trás del retrato del hombre: *Francisco Renato Molé, 7 de Octubre 1734, 3 de Mayo de 1799.* Trás del otro: *Josefina Molé, 11 de Junio de 1774.*

En efecto, era el retrato del célebre cómico del que era propietario.

Faltaba descubrir á qué persona de la familia del artista, pertenecia el retrato de muger.

El aficionado resolvió consultar los recuerdos de un anciano, que en la edad mas avanzada, conservaba la memoria, el ingenio y la alegría de un jóven. El nombre de Molé hizo nacer una sonrisa en sus labios; á la vista del retrato de la muger un suspiro se escapó de su pecho.

—Es la sobrina del gran actor, le dijo, la señorita Josefina Molé, espiritual y prudente; notad estas dos cualidades. Hacia los honores de la casa de su tio con una gracia á que pocos corazones sabian resistir. Yo mismo, amigo mio, debo confesarlo, ó mas bien glorificarme, propuse á Josefina mi mano y mi nombre, pero ella rehusó lo uno y lo otro.

—La prueba de afeccion y de estima que me dais, respondiome, me conmueve y me es muy dulce; pero pertenecéis á una familia demasiado distinguida, para que no os pese algun dia una alianza inferior, y este pesar me haria mas desgraciada de lo que vos mismo los seriais.

Oh! cómo lloré á esta repulsa.—Haced un

viaje, el tiempo y la ausencia que nos separan, caballero, agregó ella, se encargarán de haceros que me olvidéis.

Obedecí... Ay! la revolucion, la emigracion, el noventa y tres y largos años de agitacion y de desórden, hicieron demasiado larga esta separacion. Cuando pude entrar en Francia, Molé habia muerto, y nadie supo, á pesar de la solicitud que puse en buscarla, darme noticias de la noble criatura que me habia amado tanto hasta renunciarme!... Porque este amor que ella repelia, participaba de él, amigo mio! Súpelo esto por una de sus amigas, á quien se lo habia confiado y que me lo refirió cuando estuvo convencida de que la señorita Molé habia dejado de existir. Sí, ella ha muerto, agregó con emocion, porque de lo contrario mis investigaciones la hubiesen vuelto á mis votos!

—Puede ser, agregó el poseedor de los retratos, que estas miniaturas os hagan descubrir lo que habeis buscado tanto tiempo; ó al menos os iluminen, sobre el destino de la señorita Molé.

—Ah! como os he dicho, debe haber muerto hace largo tiempo; porque hoy no contaria menos de setenta y cuatro años.

—No importa, pláceme inquirir semejantes misterios de la vida privada. Tengo en esto indudablemente estudios interesantes que hacer. Voy á ocuparme de ello.

En efecto, á la mañana siguiente se transportó á casa del vendedor de fierros viejos, y le interrogó sobre la muger que le habia vendido las dos pinturas. El hombre de las ollas viejas respondióle que no la conocia, pero que sin embargo la creia encargada de abrir los palcos del teatro de San Antonio; porque la veia pasar regularmente todos los dias á la hora de abrirse el teatro. Por lo demas ignoraba su nombre y el barrio que habitaba.

Noticias tan vagas, dejaban un campo vasto y libre á las suposiciones, pero no conducian al descubrimiento real de la verdad; en esta época el teatro de San Antonio carecia de director y se encontraba cerrado hacia muchos meses.

El acaso, gran improvisador de desenlaces imprevistos y dramáticos, se encargó de dar esclarecimientos sobre esta historia, y he aquí de que manera.

Habia en la plaza de la Bastilla, una casa

de tres pisos que llevaba sobre su puerta, algo deteriorado, el número 211.

Un panadero, un hojalatero y un cofrade de Figaro habitaban el piso bajo. La muestra de este último, amplia y larga capa rosada que cubria de un baño rojizo casi toda la fachada, demostraba que fiel á las antiguas tradiciones de su oficio, y en desprecio de las modernas innovaciones, M. Hipp persistía en honrarse con el título de peluquero peinador. La única concesion que habia hecho á las nuevas ideas consistia en la abreviacion de la palabra peluquero escrita de este modo: Pelu.^o

Si la parte inferior de esta casa y sus tres primeros pisos tenian bastante buena apariencia, en cambio la miseria imprimia su triste sello sobre los cuatro tejados que terminaban el edificio. Allí, en vez de flores que engalanasen las ventanas, balaceábanse miserables andrajos que se secaban al aire. Una escalera húmeda, negra, resbalosa, trasudante, y á quien la escoba no habia repasado nunca, conducia por una especie de escala astillada y peligrosa al granero de que os hablo. El pié seguro y atrevido de un jóven, hesitaria en subir. Juzgad, por consiguiente, cuantos sufrimientos y fatigas no experimentarí una pobre muger, encorvada por los años, atormentada por los dolores reumáticos del frio, y que cuando llegaba á su lluvioso zaquizamí no encontraba fuego para confortarse, ni cosa alguna con que cubririr los agujeros que servian de ventanas. Paredes desnudas, grietadas, y á las que la cal nunca habia blanqueado ó purificado. Ningun mueble, un monton de paja en un ángulo. Tal era este desierto de ocho pies de ancho. Aquel dia el viento silvaba con violencia, y penetraba hasta esa infortunada, á traves de las mal juntas tablas de la puerta, viniendo á morder sus miembros septuagenarios. Palpitante, y sin tener en cuenta el frio, se puso á dividir un pedazo de pan y lo comió avidamente.

Desde el dia anterior estaba sin alimento! desde el dia anterior se preguntaba si no era preferible morir á llevar una vida tan miserable. Pobre criatura! echaba de menos con margura, con desesperacion, una existencia que horrorizaria á la mas humilde obrera. Abridora de palcos en un pequeño teatro en que no hay sino gradas sobre las cuales se

apiña una turba de muchachuelos desenfrenados, cada noche sufría un nuevo género de persecucion. Cuando no padecia sino injurias se estimaba dichosa! Lo mas comun para la infeliz era arrostrar las humillaciones y los sarcasmos—Era sobre ella que se dirjian las flechas de papel, las cáscaras de naranja y los troncos de las manzanas! Ella no tenia en el mundo otro individuo á quien amar ó de quien ser amada, que un perro viejo y enfermo como ella. Una vez uno de esos muchachos desapiadados y para quienes el mal es un placer, tomó al perro y lo arrojó á la platea, en la que fué muerto en medio de mil gritos de júbilo! Tal era la vida que estaba reducida á echar de menos, porque siquiera, entónces aunque á precio de tantos sufrimientos ganaba con qué comprar pan! Hoy, nada! la miseria, la desolacion, el hambre!... Le ha sido menester separarse de los dos últimos vestijios de su pasada felicidad, recuerdos de tiempos en que jóven, bella, brillante, rodeada de homenajes, mostrábase el porvenir dichoso y halagüeño. Estas preciosas reliquias las habia bendido por el pan de un dia!... y ved la mitad de ese pan ya consumido.

Ella permaneció asi inmóvil, y durante todo el dia absorta por los pensamientos mas fatales. La noche envolvió la tierra en su tupido manto sin traerle el sueño á esta desgraciada. El frio torturaba sus miembros doloridos, la desesperacion hacia latir convulsivamente su corazon; sufría á la vez los dolores del embaramiento y de la convulsion. De súbito se levantó, abrió la ventana se inclinó hácia afuera, y miró fijamente á la claridad de la luna el abismo abierto bajo de ella.

En ese momento pasaba inmediato un carruaje. En ese carruaje se encontraba el viejo conde * * * Estendido sobre muelles almohadones, conversaba alegremente con un amigo, porque ese dia le habia sido dichoso y plancentero. Se retiraba del matrimonio de una sobrina á que habia asistido, linda y rica jóven que debia á la ternura de su tio el casarse con el que amaba en secreto, y del cual le habian separado largo tiempo algunos obstáculos, vencidos por el viejo pariente.

—Acabo de ver cumplirse el mas querido de mis votos, decia el conde. Nada faltaria á mis deseos, y moriria contento, si pudiese ver

tan solo una vez á la que he amado tanto, á aquel ángel que prefirió mi dicha á la suya! Noble criatura digna de ser feliz, y que espero habrá desconocido la adversidad.

En este momento los caballos se encabritaron, un ruido sordo resonó en la calle, y el conde miró por la portezuela, que abrió precipitadamente:

—Qué es eso? preguntó al cochero.

—Yo no veo nada, señor conde, sino un atado de trapos que han arrojado de aquella ventana.

El conde volvió á cerrar la portezuela, por que el viento soplaba con fuerza. El carruaje continuó su camino.

No era un atado de trapos que caía de la ventana; era una muger, en otro tiempo bella y amada; era la pobre acomodadora de palcos del teatro de San Antonio, era la sobrina de un grande artista, era la vieja que moría de hambre, era Josefina Molé, á quien el conde habia buscado durante tantos años,

Buenos Aires, Febrero 26 de 1856.

SECCION MOSAICA.

Nuevo colaborador.

Desde hoy ingresa en el número de los de este semanario nuestro compatriota el Sr. D. Juan José Soto. Hé aquí la carta que se nos dirije ofreciéndonos su colaboracion:

“Sr. D. Heraclio C. Fajardo.

“Mi amigo: Anteriormente he escrito al Dr. Ferreira y Artigas, manifestándole que proponia para colaborador del *Recuerdo* al Sr. D. Juan José Soto, con cuya adhesion contaba.

“Creo que Ferreira no habrá recibido mi carta, puesto que no he tenido contestacion.

“Hace poco tiempo que cultivo relaciones de amistad con el Sr. Soto; este caballero compatriota nuestro, conocido por sus antecedentes literarios, ha desempeñado el cargo de Secretario de la Legacion Oriental en Rio Janeiro, y hoy es el redactor del *Mercurio Uruguayo* en Montevideo.

“Al proponer al Sr. Soto, confio en que V. tenga á bien aceptar la cooperacion que me he tomado la libertad de pedir á ese señor para el adelanto del periódico de que V. está hecho cargo.

“Su atento amigo y S. S. Q. B. S. M.

“Luis Otero.”

Acceptamos gustosos la distinguida colaboracion del señor Soto, y nos congratularemos de registrar próximamente en el *Recuerdo* las producciones de su esclarecido ingenio.

y que tan vivamente deseaba ver antes de su muerte!

A la mañana siguiente, los periódicos anunciaron que se habia suicidado una vieja que llevaba un nombre célebre, despues ya no se habló mas, escepto sin duda en la comedia francesa, que á Dios gracias, en adelante estaba exenta de pagar la miserable pension que daba á la sobrina de uno de sus mas ilustres miembros.

El nombre de Molé no le habia podido valer á su sobrina sino doscientos francos de limosna anuales y un empleo de acomodadora de palcos en el mas humilde teatro de Paris. Pero no os admireis de esto, pues que la sobrina de Sedaine, de ese escritor cuyas piezas se representan con frecuencia, no tiene derecho á percibir la mas pequeña parte de las entradas que producen las obras de su tio: aunque es verdad, que segun la picante y triste definicion de Alfonso Karr: *La propiedad literaria no es una propiedad.*

Jamas.

Con este título, empezamos en la biblioteca en verso de esta entrega, y concluiremos en la de la siguiente, un bellissimo fragmento de unas fantasías del malogrado argentino, Dr. D. Claudio Mamerto Cuenca, que nos ha facilitado un amigo. Recomendamos su lectura de un modo preferente, pues estamos ciertos que agrada sobremana á todos los que busquen en él un trozo selecto de poesía.

Materiales.

En el prócsimo número insertaremos un lindo trozo de amena literatura, titulado—*Cinco años despues*—y que se nos ha remitido con ese objeto.

Tambien en la prócsima entrega empezaremos la publicacion de unas chistosas *memorias* que nuestro amigo Elgarido nos ha dirijido desde Montevideo para las pájinas del *Recuerdo*.

Errata.

En el número anterior, pájina 67, composicion poética titulada—*Su imájen*—donde dice:—*A cuyo ardiente roce electrizo*,—léase:

A cuyo ardiente roce me electrizo.